

## |14| Theodore de BRY

*Americae tertia pars: Memorabilem provinciae Brasiliae historiam continens.*

Frankfurt: Venales reperiuntur in officina Theodori de Bry, 1592 (375 x 470 mm).

BG/85698. Antigua Librería *Gabinete reservado*.

El impresor y grabador Theodore de Bry comenzó a finales del XVI un ambicioso proyecto, con el título *De America*: imprimir e ilustrar los relatos de viajeros que habían visitado el continente americano desde Cristóbal Colón. En este volumen (*America, Tertia Pars*) recoge el relato de Hans Staden, natural de Hesse, que fue capturado por indígenas tupinambá, enemigos de los portugueses, en 1553. Esperando su muerte en un ritual antropofágico, fue testigo del practicado en otro prisionero. Su escalofriante relato, con abundantes detalles sobre las costumbres de estos grupos indígenas del litoral de São Vicente, fue publicado en Marburg en 1557. En las escenas aquí representadas se puede ver la preparación del cadáver después de la muerte y la activa participación de las mujeres en este ritual, relacionado con la cosmovisión de los tupinambá.

Theodore de Bry, nacido en Lieja en c. 1528 y muerto en Frankfurt, donde ejerció como impresor, en 1598, realizó una enorme labor de compilación, impresión y divulgación de obras de personas que habían viajado a América a lo largo del siglo XVI y habían dejado sus testimonios escritos. En su larga serie *De America*, o «Grandes Viajes» que comienza en 1591 y que es prolongada por su hijo y después por su yerno hasta 1634, iba publicando libros, relatos y testimonios que ilustraba con sus famosísimos grabados. Tuvo un enorme éxito y sus libros aparecen en las más importantes bibliotecas de la época. Fue uno de los responsables de la amplia difusión de la *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*, de Fray Bartolomé de las Casas, de la que realizó varias ediciones ilustradas.

El ejemplar expuesto aquí es la *Americae Tertia pars* de su serie *De Americae*, publicada en Frankfurt en 1592, en la que aparecen los relatos de Jean de Lery y Hans Staden, que habían habitado el litoral de Brasil en los años centrales del siglo XVI. Staden, natural de Hesse, fue capturado por los indígenas tupinambá, enemigos de los portugueses, que lo tomaron por uno de ellos. Convivió durante un año con los indígenas, que le repetían a diario que se lo habrían de comer en un ritual antropofágico. Antes de escapar de su infausto destino, contempló uno de estos rituales, y fue testigo horrorizado de cómo se desarrollaban los preparativos de la muerte del prisionero y la preparación del cadáver para su ingesta, exactamente lo mismo que le habría de pasar a él. Su huida del lugar le evitó acabar en el estómago de sus captores. Al regresar a Alemania redactó su relato y lo publicó en Margburg en 1557, siendo una de las primeras descripciones sistemáticas de las costumbres tupinambá que se pudieron leer en Europa.

De Bry nos presenta a unos indígenas idealizados, con cuerpos que siguen el canon clásico, como correspondía al gusto renacentista. En las escenas se puede ver el momento posterior a la muerte del prisionero, provocada por un golpe certero en la cabeza de un guerrero con la maza ritual, la *iwirapema*, que porta en el hombro como si fuera un «Doriforo». A continuación, el cuerpo es descuartizado y las mujeres introducen en una olla las vísceras y partes blandas. Un niño con cara de adulto pasea con la cabeza en la mano mientras que las mujeres danzan con partes del cuerpo como si estuvieran en trance. Hans Staden, con largas barbas (aunque los indígenas lo depilaron por completo), asiste a la escena entonando el salmo *De profundis*. Las ancianas de la tribu consumen con avidez los restos mortales, hecho que tenía que ver con la cercanía de su muerte y las dudas sobre el paso posterior a la «Tierra sin mal».

La cuestión de la antropofagia estaba relacionada con la cosmovisión religiosa de los indígenas y su concepción de la salvación. De ninguna manera suponía el hecho central o fundamental de su existencia, como quisieron mostrar los europeos que, entre el asombro y el espanto, fueron testigos de estos ritos ancestrales.

La imagen que Europa tenía del idílico paisaje de Brasil cambió radicalmente cuando se vieron estas escenas en las numerosas obras publicadas en la segunda mitad del siglo XVI. Estas costumbres, consideradas de un barbarismo diabólico, que solo podía explicarse por la ausencia de Dios en aquellas tierras, reforzaron la idea de misión que condujo al territorio americano a miles de frailes. En Brasil sobresalieron en estas actividades misioneras los jesuitas, franciscanos, carmelitas y benedictinos.